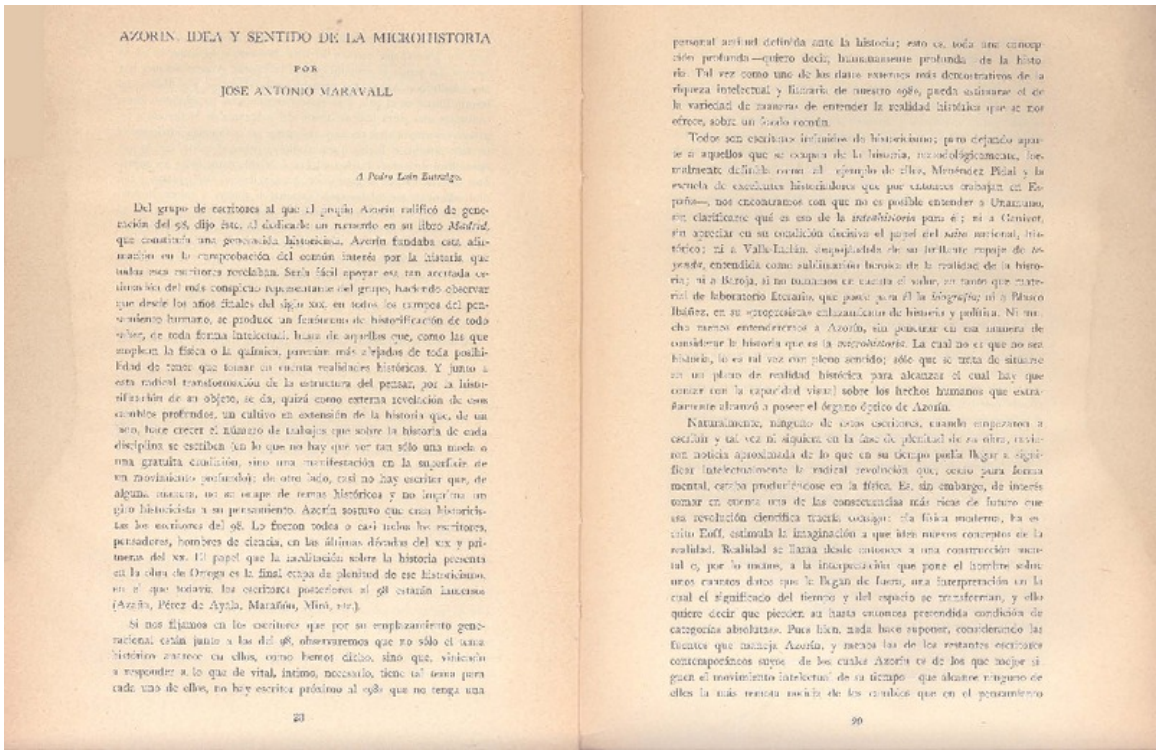

AZORÍN: IDEA Y SENTIDO DE LA MICROHISTORIA

POR

JOSE ANTONIO MARAVALL

A Pedro León Estrelgo.

Del grupo de escritores al que el propio Azorín calificó de generación del 98, dijo éste, al dedicarle un recuerdo en su libro *Madrid*, que constituía una generación historicista. Azorín fundaba esta afirmación en lo extraordinario del común interés por la historia que todos esos escritores revelaban. Sería fácil apoyar esta tan acertada calificación del más conspicuo representante del grupo, haciendo observar que desde los años finales del siglo XIX, en todos los campos del pensamiento humano, se produce un fenómeno de historificación de todo saber, de toda forma intelectual, hasta de aquellos que, como las que emplean la física o la química, parecían más alejados de toda posibilidad de tener que tomar en cuenta realidades históricas. Y junto a esta radical transformación de la estructura del pensar, por la historificación de su objeto, se da, quizá como externa revelación de esos cambios profundos, un cultivo en extensión de la historia que, de un modo, hace crecer el número de trabajos que sobre la historia de cada disciplina se escriben. No lo que no hay que ver tan sólo una moda o una gratuita exaltación, sino una manifestación en la superficie de un movimiento profundo; de otro lado, casi no hay escritor que, de alguna manera, no se ocupe de temas históricos y no imprima un giro historicista a su pensamiento. Azorín sostuvo que casi historicistas los escritores del 98. Lo fueron todos o casi todos los escritores, pensadores, hombres de ciencia, en las últimas décadas del XIX y primeras del XX. El papel que la meditación sobre la historia presenta en la obra de Ortega es la final etapa de plenitud de ese historicismo, en el que todavía los escritores posteriores al 98 estarán inscritos (Azorín, Pérez de Ayala, Marañón, Miró, etc.).

Si nos fijamos en los escritores que por su emplazamiento generacional están junto a los del 98, observaremos que no sólo el tema histórico aparece en ellos, como hemos dicho, sino que, vinculado a responder a lo que de vital, íntimo, necesario, tiene tal tema para cada uno de ellos, no hay escritor próximo al 98 que no tenga una

personal actitud definida ante la historia; esto es, toda una concepción profunda —quiero decir, humanamente profunda— de la historia. Tal vez como uno de los datos externos más demostrativos de la riqueza intelectual y literaria de nuestro 98, pueda señalarse el de la variedad de maneras de entender la realidad histórica que se nos ofrece, sobre un fondo común.

Todos son escritores influidos de historicismo; pero dejando aparte a aquellos que se ocupan de la historia, metodológicamente, formalmente definida como tal —ejemplo de ellos, Menéndez Pidal y la escuela de excelentes historiadores que por entonces trabajan en España—, nos encontramos con que no es posible entender a Unamuno, sin clarificarse qué es eso de la *intrahistoria* para él; ni a Ganivet, sin atribuir en su condición decisiva el papel del *sino* nacional, histórico; ni a Valle-Inclán, despojándolo de su brillante ropaje de *esperpento*, entendido como sublimación heroica de la realidad de la historia; ni a Baroja, si no tomamos en cuenta el valor, en tanto que material de laboratorio literario, que posee para él la *biografía*; ni a Ramiro Ibáñez, en su «geopresente» enlazamiento de historia y política. Ni muchos menos entenderemos a Azorín, sin ponerse en esa manera de considerar la historia que es la *microhistoria*. La cual no es que no sea historia, lo es tal vez con pleno sentido; sólo que se trata de situarse en un plano de realidad histórica para alcanzar el cual hay que contar con la capacidad visual sobre los hechos humanos que extraordinariamente alcanzó a poseer el órgano óptico de Azorín.

Naturalmente, ninguno de estos escritores, cuando empezaron a escribir y tal vez ni siquiera en la fase de plenitud de su obra, tuvieron noticia aproximada de lo que en su tiempo podía llegar a significar intelectualmente la radical revolución que, como para forma mental, cerraba produciéndose en la física. Es, sin embargo, de interés tomar en cuenta una de las consecuencias más ricas de futuro que esa revolución científica traería consigo: «La física moderna, ha escrito Eoff, estimula la imaginación a que idea nuevos conceptos de la realidad. Realidad se llama desde entonces a una construcción mental o, por lo menos, a la interpretación que pone el hombre sobre unos cuantos datos que le llegan de fuera, una interpretación en la cual el significado del tiempo y del espacio se transforman, y ello quiere decir que pierden su hasta entonces pretendida condición de categorías absolutas». Para Eoff, nada hace suponer, considerando las fuentes que manejaba Azorín, y menos las de los restantes escritores contemporáneos suyos —de los cuales Azorín es de los que mejor siguen el movimiento intelectual de su tiempo— que alguno ninguno de ellos la más remota noticia de los cambios que en el pensamiento

Azorín; idea y sentido de la microhistoria [artículo] José Antonio Maravall.

Libros y documentos

AUTORÍA

Maravall, José Antonio, 1911-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Azorín; idea y sentido de la microhistoria [artículo] José Antonio Maravall.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile